



Afeitada y Corte de Pelo

Ismael Berroeta

- enero 2006 -

Afeitada y corte de pelo

Personaje buscaba algo. ¿ Y qué de extraño puede haber en ello ?. Algunos de sus amigos buscaban ese algo. Otros, la mayoría, llenaban su existencia de distracciones varias: la comida, la bebida, el cine, las noticias, tratando siempre de rellenar, intentando evitar la búsqueda. Personaje ha buscado de día, de noche, en la ciudad y en el campo, en el mar y en la montaña, en el sexo y en la castidad. Nada. Al final, siempre ese vacío y ese sabor a frustración, a empequeñecimiento.

Una noche, al cerrar el bar donde pretendía fabricar cultura con otros tan extraviados como él, en procura de la salida de la galería comercial mal iluminada, mira hacia atrás y ve, para asombro suyo, que hay todavía un local abierto. No es otro tugurio para beodos. Es una peluquería. Sus ojos no le engañan. El letrero iluminado parece confirmarlo. Se vuelve sobre sus pasos, sin apresurarse, como si estuviera distraído, casi clandestinamente. No sea que uno de los viejos borrachines, conocidos suyos, le haga gastadas bromas de mal gusto.

No ha habido error, la peluquería está abierta. Tiene el aire ordinario de las viejas peluquerías de barrio. Un solo butacón, un solo peluquero. En las paredes, afiches de varones y damas que lucen peinados brillantes, hoy pasados de moda. Propaganda de tónico capilar, de tinturas, de rasuradores. Una grande y antigua fotografía de Cecilia Bolocco, la única compatriota elegida Señorita Belleza Mundial hace treinta años atrás, le observa con sus impecables ojitos verdes, que parecen decirle "Sí, tú, eres el único a quien amo", mientras sostiene entre sus dedos un grueso frasco de champú barato.

El peluquero, un vejete sentado en una silla, lee el periódico. Tiene el cabello canoso, casi enteramente blanco. Usa gafas para la lectura. Tiene el aire del artesano, de aquél que realiza un trabajo independiente, autónomo, la dignidad del que trabaja libremente con sus manos. Solamente sus ojos se mueven en un giro hacia arriba cuando Personaje se para en el marco de la puerta.

- Señor Personaje, pase por favor, lo estaba esperando.

Personaje avanza un paso, cruza la puerta y se detiene. Su aire es de asombro total, a pesar que ha tratado de refugiarse en un gesto facial mudo y pétreo.

- Adivino su pregunta: ¿ por qué tenemos abierto a las tres de la madrugada ?. Muy fácil. A esta hora, algún día, tienen que venir los tipos como usted.

Personaje ha dado otro paso. Inseguro, se ha sacado el sombrero y aún no ha podido articular palabra, no ha logrado soltar esa conversación fácil que siempre le ha distinguido entre sus amigos, en el Partido, en el Club, en todas partes.

- Seguramente también se preguntará por qué nunca había visto nuestra peluquería, si siempre ha entrado y salido por esta galería, tantas veces sobrio y algunas borracho, acompañado de sus amigos. Muy sencillo, la gente ve lo que quiere ver o, mejor dicho, lo que necesita ver. Pero no perdamos el escaso tiempo que debe quedarle. Por favor, tome asiento, es usted bienvenido.

Personaje se ha pasado instintivamente la mano por la cabeza, entremetiendo los dedos en el cabello cada día más ralo que le queda. El peluquero se acerca a él y le ayuda a sacarse la chaqueta. La cuelga en una antigua percha de madera. Se vuelve nuevamente, pone su mano izquierda en el butacón y con la derecha, abierta pero con los dedos juntos, le ofrece asiento.

- Probablemente se preguntará cómo diablos me he enterado que sus amigos le llaman cariñosamente Señor Personaje. No se gaste en divagaciones. Mi obligación es conocer todo acerca de mis clientes. ¿ Me va a decir que no ha escuchado el refrán "...más entremetido que un peluquero" ?. Sin embargo, abreviemos, debe usted comenzar su viaje -, dijo el peluquero, cerrando la frase con una media sonrisa y un estremecedor jé-jé-jé-jé.

Personaje se acomodó en el butacón con poca agilidad. El embarazo que le apretaba por dentro impedía que sus miembros respondieran con la presteza que habitualmente acostumbraban. El amplio paño blanco del peluquero cubrió todo su cuerpo y fue bien acogido por Personaje. Era como si un manto protector lo cobijara e hiciera regresar esa confianza que hasta un instante atrás parecía desvanecida. Miró al espejo que estaba frente a él. Allí se reflejaban ambos: el barbero y su cliente. Atrás, otro espejo permitía que las dos figuras se repitieran una y otra vez, como si fuesen los hitos de un camino tan largo como el viaje de la luz al infinito. Miró hacia arriba. Allí, otro espejo mostraba a los dos personajes desde un ángulo diferente. Vistos por encima, parecían como dos enanos, uno fijo, envuelto en una mortaja blanca y el otro, dando vueltas a su alrededor.

- Esta noche corresponde una buena afeitada -, dijo el peluquero, al tiempo que batía rápidamente espuma de jabón en una vieja jofaina.
- ¿ Estará bien asentada, señor... ? -, sacó Personaje la voz por primera vez, carraspeando la garganta para dar mayor fluidez a las frases que se deslizarían por ella durante la conversación.
- Puede llamarme Peluquero. Y no se preocupe. Sé que usted tiene el cutis algo delicado. Unas pasadas por el asentador ... - fras-fras, fras-fras, fras-fras, carraspeaba a su vez la navaja, como si estuviese dispuesta a mantener un terceto con aquellos señores. - Listo. Quedó un filo maravilloso.

El peluquero blandió el acero y acercó la hoja con mano firme hasta apoyarla en el cuello de Personaje, tocando su piel ligeramente. Personaje dio un respingo, sintiendo que un escalofrío recorría su cuerpo, desde el cuello hacia la espalda, los brazos y la parte superior de su cabeza.

- Debería haberla entibiado un poco. A esta hora el metal está demasiado frío. Bueno, no importa, ya está cumpliendo su papel. Siéntala como trabaja. Tantos y tantos años rasurando barbas. Desde la época de Alejandro Magno.

- ¿ Cómo dice ? -, balbuceó Personaje, imaginando que el peluquero se atribuía el don de transmigrar a través de los tiempos.

- ¿ Qué ?. No me diga no saber que la tradición cuenta que el primero en afeitarse a diario fue el noble Alejandro de Macedonia. Hizo una moda a partir de este acto tan sencillo. Una verdadera rebeldía a la inversa. Normalmente, los que desafían al sistema se caracterizan por ser barbudos.

- Confieso que para mí es una novedad.

- Y no es el único gesto pequeño que ha dado inicio a situaciones grandes. El acero siempre ha estado presente en estas simpáticas aventuras de la humanidad -, agregó Peluquero solemnemente. - Ahí tiene usted, el caso de la guillotina. Monsieur Sansón, el verdugo de París, relata en sus Memorias que el mismo monarca de Francia contribuyó a dar el diseño definitivo a la cuchilla, sin pensar que su propio cuello sería uno de los primeros en dar satisfacción a la sedienta bestia. ; Así !.

Mientras hablaba, Peluquero había extendido el brazo armado con la navaja y con un gesto rápido había vuelto a apoyar la brillante hoja por el canto romo en el húmedo cuello de Personaje, como si hubiese sido la encarnación de la justicia revolucionaria. Advirtiéndolo la crispación causada en su cliente, se apresuró a pedir excusas. Por su parte, mientras tomaba conciencia de la súbita transpiración que bañaba su cuerpo, Personaje miró a Peluquero por el espejo. Advirtió una mueca cruel en los labios de su servidor. ¿ Era un rictus de maldad o un defecto del cristal del espejo ?. Un profundo arrepentimiento de haber entrado en aquél lugar y haberse entregado mansamente a las manos de un desconocido comenzó a dominar su estado de ánimo. Tampoco tenía valor para arrancarse el paño que lo envolvía. Sintió, segundo a segundo, que había iniciado un viaje en una dirección obligada, aterradoramente, pero que le provocaba una atracción casi hipnótica.

- Cuando me refería a la bestia, no hacía alusión a la inocente cuchilla. No, no, no. En ningún caso. La bestia ... somos la sociedad. Sí señor, la sociedad humana. Quise resaltar nuestra incapacidad de

resolver los conflictos sin matar, sin hacer desaparecer a nuestros semejantes. ¿ Sabe usted de alguna especie animal, aparte del ser humano, que sistemáticamente elimine a sus congéneres cuando hay intereses contrapuestos ?. Ni siquiera para disputarse el poder dentro del grupo ...

La vibración de la singular voz de Peluquero hizo que Personaje fuera recuperando poco a poco la calma. Paulatinamente, su yo fue apartándose de las divagaciones del barbero para centrarse en sus propios recuerdos. ¿ La bestia ?. Sí, un bestia había sido él con su mujer. Le había dado mala vida. Golpes, privaciones. Principalmente, falta de afecto. Y aquella mujer había reaccionado como una santa. Jamás una queja, sólo una que otra lágrima. Es que ella lo admiraba. Siempre se deslumbró con su verborrea, sus cuentos, sus chascarrillos, sus malas poesías que escribía a otras pero se las dedicaba también a ella. La pobre pensó tal vez que tener esas alegrías tenía un precio, representado por las infidelidades y la falta de solidaridad del macho en momentos difíciles. Se puso por un momento en su lugar, imaginando que era él quien permanecía en la casa esperando migajas de cariño, contando las horas mientras aguardaba que él llegase de sus noches de bohemia. Sintió el vacío inundar su alma, seguido de una ola de profundo remordimiento, la cual abrasó su corazón al punto de hacerlo padecer físicamente una intensa sofocación. Humedad de lágrimas cubrió el borde de sus ojos ...

- Estamos listos para el juicio -, se escuchó abruptamente la voz de Peluquero.

Personaje lo miró a través del gran espejo del frente como quien regresa de un largo sueño.

- Dije que estamos listos para el juicio -, repitió el barbero, poniendo en la diestra de su cliente un espejo pequeño, de mano, con marco de plata alemana. El rostro doblemente enrojecido, por la rasurada y la vergüenza a la vez, se vio a sí mismo responder.

- Estoy listo -, musitó Personaje con un hilo de voz.

- ¿ Y cuál será el veredicto ? -, expresó el barbero mientras comprobaba el filo de la navaja a contraluz de la lámpara.
- Sé que soy culpable ... Haga lo que tenga que hacer ... -, dijo Personaje con palabras casi inaudibles.
- ¡ Bien ! -, exclamó Peluquero con rostro inescrutable. - Me hubiese gustado una opinión más sincera de su parte. Sin embargo, ¡ qué le vamos a hacer !. Pero como aún no hemos terminado del todo, las puertas de mi establecimiento siguen abiertas para usted, Señor Personaje. La próxima sesión será un corte de pelo, ¿ no es así ? -, terminando la frase junto con retirar en forma teatral el paño blanco que cubría a su cliente.

Se levantó pesadamente, sorprendido de haber reconocido su culpa y no terminar siendo ajusticiado. Deseaba salir corriendo, pero sus extremidades pesaban toneladas. Se sumergió como pudo en medio de la noche, anhelando que la oscuridad fuese un torrente que lo llevara sin retorno. A pesar de ello, sabía que tenía que volver.

Sólo en la madrugada del miércoles siguiente, como a las dos, después de apurar algunos tragos en el bar de la galería Portal se decidió a asomar la nariz en la barbería. Peluquero le aguardaba en la misma pose de siempre. Sentado, leía el periódico. Esta vez, al darse cuenta de su presencia, lo miró largamente. Personaje se sintió débil, inerme como el reo frente al juez que representa al Estado omnipotente. Sin embargo, pronto escuchó su extraña voz, como un falsete burlesco, que le enviaba un saludo y lo invitaba a pasar. Luego, se vio a sí mismo en el espejo sentado en el butacón envuelto en la blanca mortaja.

- En esta oportunidad, usted se merece un corte de pelo al estilo que corresponde a un caballero. No pretendo ofenderlo, pero noto que ha dejado su cabello un poco al abandono. Veamos, veamos, ¿ dónde están esas tijeras ?. ¡ Ajá ! - tris-tris-tris -. - Helas aquí, siempre dispuestas, puntiagudas y filosas, a cumplir su cometido, otra noble función del fiel acero. No me gusta alardear, pero manejarlas con rapidez en torno de la cabeza de otra persona es una enorme responsabilidad, ¿ se imagina a un representante de mi

gremio cortándole una oreja o reventándole un ojo a un cliente ? - tris-tris, tris-tris -. - ; Escandaloso ! -, decía Peluquero mientras Personaje sentía revolotear las tijeras alrededor de sus órganos faciales y apéndices craneales.

- Sin embargo - continuó el barbero - vale la pena recordar que no siempre fue un escándalo perder la vista. Arrancar los ojos era una pena corporal que agradaba mucho a los germanos y, dicho sea de paso, menos cruenta y más clemente que la pena de muerte. ¿ Sabía usted que una quincena de parientes directos del emperador Carlomagno sufrieron este doloroso y significativo castigo ?. Imagino que tamaña severidad era aplicada para mantener en orden una sociedad levantisca y poco dada a la disciplina. Por ejemplo, ¿ qué mejor usarla en los casos de traición o deslealtad ?. Sin ir más lejos ... -, tris-tris, tris-tris, tris-tris, repiqueteaba la tijera ahogando con su rumor por breves instantes la voz del barbero.

El terror había invadido nuevamente a Personaje. ¿ Qué de hipnótico tenían ese lugar y ese hombre que él venía voluntariamente a someterse a su juzgamiento ?. ¿ Por qué entregaba su seguridad y su vida en manos de este individuo ?. Poco a poco, el ritmo de la voz de Peluquero lo fue calmando y la imagen de sus ojos reventados y su nariz cercenada fue siendo reemplazada por el recuerdo de su hermano. La figura empequeñecida de Segundo, reducida a su mínima expresión por el cáncer maligno, se veía perdida en medio de su lecho de enfermo. Su rostro amarillento grisáceo denotaba que llegaba precisamente al borde de la raya que marca la frontera donde termina la vida. Lo vio sólo dos veces. La segunda, fue cuando estaba en la urna hecho cadáver. - Ven a verme - le había suplicado Segundo - y acompaña a mi mujer -. Nunca lo hizo. Tampoco visitó a la cuñada después de que murió. ¿ Y si él hubiese estado del otro lado ?. Que Personaje hubiera sido el canceroso y no Segundo. Que Personaje dejara una viuda y no Segundo. Que Personaje suplicara y no Segundo. Una sensación de orfandad, de impotencia límite se apoderó de su alma. Una amargura asfixiante dominó su espíritu y una pesada fatiga hizo presa de cada uno de sus miembros. Si cualquier necesidad hubiese reclamado que se levantara, le habría sido imposible mover siquiera un dedo. Una densa transpiración comenzó a invadir su piel, haciéndose más patente en la frente y en las palmas de las manos.

Tris-tris, tris-tris, tris-tris, la tijera le hizo recordar donde se encontraba.

- ¿ Abrumado ? -, inquirió el barbero.
- Hasta lo indecible -, balbuceó Personaje.
- A todos les pasa. A todos los tipos que vienen, igual que usted, aquí y a esta hora. ¿ Está preparado ?.
- Deme unos segundos. Sé que no he sido leal. Entregar mis ojos no será fácil, pero debo que hacerlo ... Bueno, ya está ... Estoy listo ...
- ¿ Seguro que está listo ?. Bien, yo también lo estoy -, repuso Peluquero.

Corrieron los segundos. Algunos minutos. Nada ocurrió. Personaje abrió un ojo. Luego, el otro. El barbero estaba a su lado y sostenía el espejo de mano frente a él.

- Le dije que estaba listo. Pero usted parece no tener prisa. ¿ No se ha dado cuenta que le queda poco tiempo ?.

Personaje no tuvo conciencia cómo se puso de pie ni cómo se puso el abrigo, ni menos cómo traspuso la puerta. Sólo recordó la última frase de Peluquero : - Le esperaré con el mayor agrado. Aún no he terminado con usted.

Pasaron unos días. Para Señor Personaje fueron años equivalentes. No podía resistir más. Necesitaba ir pero no se atrevía. Sentía que era su deber hacerse presente en la barbería y recibir la sentencia, poniéndose en manos del verdugo. Si el valor no podía venir de su interior, quizás pudiera acercarse desde fuera. Iría acompañado. Solicitó audiencia con el Venerable Maestro de su logia. Éste lo recibió con la amabilidad y la bonhomía que lo caracterizaban. Lo escuchó pacientemente, envolviéndolo con una mirada paternal. La verdad es que el Venerable consideró que Personaje estaba, no digamos demente, pero sí bajo una fuerte depresión. Un poco de apoyo, más una dosis de energía mental de los miembros de la cofradía bastarían para sacarlo del pantano.

- Lo acompañaré con gusto a la barbería, bajo una condición -, dijo el Venerable. - Como no acostumbro a desplegar mis actividades a las tres de la madrugada, le agradeceré que vayamos de día. ¿ Qué tal le parece mañana a las tres de la tarde ?.

Esa tarde hacía frío. El Venerable y Personaje iban enfundados en sendos abrigos de color oscuro. La serena calma que desplegaba el Maestro impedía que su hermano de logia perdiera el dominio sobre sí mismo. Gotas de sudor iban cubriendo la frente de este último a medida que se acercaban a la galería comercial. Ingresaron en ella, pasando luego frente al bar donde Personaje era parroquiano habitual. Se detuvieron en la puerta de la barbería. Cerrado. Luces apagadas. El local se veía en evidente abandono. Una mirada penetrante del Venerable hizo sentir su peso en su acompañante. Personaje se mostró bastante turbado, no quería pasar ni por un loco ni por un bromista. Su sorpresa pareció tan espontánea que el Venerable se animó a seguir adelante con aquella empresa.

- ¡ Qué extraño, debería estar abierto !. ¿ Será que Peluquero abre solamente de noche ?. Iré a averiguar con el administrador. Si gusta me acompaña, Venerable.

El administrador dijo que el local estaba cerrado desde hacía siete años. ¿ Estaban interesados los señores en arrendarlo ?. La ubicación era excelente para una peluquería, giro anterior del negocio. Su antiguo inquilino era precisamente un barbero, un viejo agradable e irónico que había dejado de abrir de un día para otro. Sin embargo, por alguna razón, nadie había vuelto a interesarse por el local. ¿ Quién sabe ?, tal vez la culpa la tuviese la crisis económica ...

El Venerable no pudo evitar que su Hermano y protegido pidiera las llaves con cierta insistencia. Lo acompañó hasta el local. Con escasa dificultad abrieron la puerta. Dentro, se mantenía cuidadoso orden. Solamente un poco de polvo cubría el mobiliario, pero todo estaba allí, tal como en las viejas peluquerías de barrio. Los espejos al frente y atrás, las pequeñas vitrinas, los frascos, el instrumental de navajas, tijeras, peinetas. Los afiches, entre los que destacaba uno bastante antiguo, con

la sonrisa de Cecilia Bolocco. Ambos hombres miraron a su alrededor. La luz que entraba por la puerta de vidrio empavonado era escasa, pero resultó suficiente para ver en el butacón giratorio una figura recostada. Se acercaron. Vestía un guardapolvos blanco, también polvoriento como su entorno. Sobre sus rodillas descansaba un periódico. La amplia sonrisa de la calavera de un cadáver humano, equilibrada sobre un esqueleto reseco y endurecido, dio un toque macabro y alegre a la vez a la recepción que esperaban los visitantes. La crispación de ambos era evidente. El Venerable fue el primero en reaccionar. Cogió a Personaje del brazo con mano firme, lo puso fuera del local y procedió a cerrar la puerta. A la salida de la galería se acercó a la oficina del administrador.

- Agradecemos mucho su amable atención, pero no es el local que necesitamos. Hasta la vista -. Y agregó, por lo bajo, dirigiéndose a Personaje :
 - Apreciado Hermano, en la vida hay ocasiones en que la razón constituye una herramienta de comprensión insuficiente y es mejor cerrar la puerta, girar la llave, dar vuelta la espalda y no volver sobre el pasado.

Ismael Berroeta

22/09/99